

Historia social del mundo occidental

UNIVERSIDAD NACIONAL DE QUILMES

Rector
Mario E. Lozano

Vicerrector
Alejandro Villar

Historia social del mundo occidental

Del feudalismo a la sociedad contemporánea

segunda edición actualizada

Susana Bianchi



Bernal, 2013

Colección Cuadernos universitarios
Dirigida por Jorge Flores

Bianchi, Susana
Historia social del mundo occidental : del feudalismo a la
sociedad contemporánea. - 2a ed. - Bernal : Universidad
Nacional de Quilmes, 2013.
349 p. ; 20x15 cm. - (Cuadernos universitarios)

ISBN 978-987-558-263-7

1. Historia Social. 2. Historia Universal.
CDD 909

1ª edición: 2005

2ª edición actualizada: 2013

© Susana Bianchi. 2013

© Universidad Nacional de Quilmes. 2013

Universidad Nacional de Quilmes
Roque Sáenz Peña 352
(B1876BXD) Bernal, Provincia de Buenos Aires
República Argentina
editorial.unq.edu.ar
editorial@unq.edu.ar

ISBN: 978-987-558-263-7

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723

Impreso en Argentina

ÍNDICE

Introducción	11
Capítulo I. La sociedad feudal.	21
1. De la Antigüedad al feudalismo: los tres legados	21
El legado romano	21
El cristianismo.	25
Los germanos	26
La lenta fusión de los legados (siglo VI-VIII).	27
2. La sociedad feudal	28
Señores y campesinos	29
Monarquías y nobleza feudal.	32
Propiedad y familia señorial.	34
La Iglesia y el orden ecuménico.	35
3. Las transformaciones de la sociedad feudal.	37
El proceso de expansión	37
Las transformaciones de la sociedad	42
Los cambios de las mentalidades	50
4. La crisis del siglo XIV	56
La crisis del feudalismo	56
Cronología	64
Referencias bibliográficas	69
Capítulo II. La época de la transición: de la sociedad feudal a la sociedad burguesa (siglos XV-XVIII)	71
1. La expansión del siglo XVI	71
La formación de los imperios coloniales	72
Las transformaciones del mundo rural. Agricultura comercial y refeudalización.	73
Las transformaciones de las manufacturas y el comercio. Capital mercantil y producción manufacturera.	75
2. El Estado absolutista y la sociedad	76
La formación del Estado absolutista	76

Las resistencias al Estado absolutista: sublevaciones campesinas y revoluciones burguesas.	79
Aristocracias y burguesías. La corte y la ciudad	81
3. Las transformaciones del pensamiento	86
La división de la cristiandad	86
Las nuevas actitudes frente al conocimiento. Del desarrollo del pensamiento científico a la Ilustración	91
4. La “crisis” del siglo xvii	97
Cronología	98
Referencias bibliográficas	102

Capítulo III. La época de las revoluciones burguesas (1780-1848). 103

1. La época de la “doble revolución”.	103
La Revolución Industrial en Inglaterra	104
La Revolución Francesa.	117
2. El ciclo de las revoluciones burguesas.	130
Las revoluciones de 1830.	131
Las revoluciones de 1848: “la primavera de los pueblos”	137
Cronología	141
Referencias bibliográficas	144

Capítulo IV. El apogeo del mundo burgués (1848-1914). 147

1. El triunfo del capitalismo.	147
Capitalismo e industrialización	147
Del capitalismo liberal al imperialismo	154
2. Las transformaciones de la sociedad.	160
El mundo de la burguesía	161
El mundo del trabajo	167
Un mundo a la defensiva: aristócratas y campesinos	173
3. Las ideas y los movimientos políticos y sociales	175
Las transformaciones del liberalismo: democracia y nacionalismos militantes	175
El desafío a la sociedad burguesa: socialismo y revolución.	181
<i>Anexo.</i> Acerca de las unificaciones de Italia y de Alemania	185
Cronología	187
Referencias bibliográficas	191

Capítulo V. El siglo xx: la sociedad contemporánea (1914-1991). 193

1. El mundo en crisis (1914-1945)	193
1914: continuidades, rupturas y significados.	193

La guerra y la revolución.	200
La crisis económica	209
La crisis de la política: el fascismo	218
2. La sociedad contemporánea	232
El mundo de la posguerra	232
La evolución del mundo capitalista	246
La evolución del socialismo “real”	254
<i>Anexo.</i> De los frentes populares a la Guerra Civil española.	258
<i>Anexo.</i> El otro comunismo: la Revolución China	261
<i>Anexo.</i> Los conflictos de Medio Oriente.	267
Cronología	271
Referencias bibliográficas	276

Capítulo VI. Hacia el siglo xxi. El mundo globalizado. 279

Introducción	279
1. El mundo “unipolar”	280
La hegemonía de los Estados Unidos.	280
Rusia en el mosaico postsoviético	286
La Unión Europea.	289
2. El mundo en conflicto	293
Tras la desintegración del mundo socialista	294
La “Europa del Este”	296
Después del atentado del 11 de septiembre	300
Los conflictos pendientes.	302
3. La emergencia de Asia	310
Japón: ascenso y crisis	311
El ascenso de China	317
La emergencia de la India	325
4. A modo de epílogo: el mundo tras la crisis.	331
Estados Unidos y la presidencia de Obama	332
El incierto futuro de la Unión Europea	334
Las rebeliones en el mundo árabe	339
Cronología	341
Referencias	345

INTRODUCCIÓN

El curso de Historia Social General se propone como inicio en el conocimiento histórico, a partir del análisis de los mismos procesos históricos, dando una clave para su interpretación, de modo de otorgarles los marcos generales apropiados para comprender los procesos específicos. Para ello, el curso se centra en el ámbito de lo que José Luis Romero llamó la *cultura occidental*, es decir, la peculiar sociedad que se constituye en Europa a partir de la disolución del Imperio Romano.

La fusión de los legados romano, germánico y cristiano, la constitución de la sociedad feudal y la inserción en dicha sociedad del mundo burgués, los procesos de transición al capitalismo y su emergencia a través de las revoluciones burguesas, el apogeo de la sociedad burguesa y liberal, las distintas expansiones del núcleo europeo, la crisis del mundo burgués, el desarrollo del mundo socialista y del “tercer” mundo, y los principales desarrollos contemporáneos –como el neoliberalismo y la disolución de la Unión Soviética– son las principales etapas del proceso a analizar. Sobre este proceso histórico, en el que consideramos pueden encontrarse las claves de nuestro pasado, aspiramos a iniciar a los estudiantes en la perspectiva de la *historia social*, entendida, según señala Eric J. Hobsbawm, como “historia de la sociedad” (Hobsbawm, 1976).

Se trata de alcanzar, desde la perspectiva de sus actores, la percepción de la realidad histórica entendida como un proceso único, complejo y a la vez coherente y contradictorio. Para ello consideramos fundamental partir del análisis específico de los distintos niveles que –como veremos– lo constituyen: el de las estructuras socioeconómicas, el de los sujetos sociales y sus conflictos, el de los procesos políticos, el de las mentalidades e ideologías. A partir de este análisis se establecerán las relaciones específicas que vinculan a estos niveles y que permiten su integración dentro de un proceso general.

Acerca de la historia social

El concepto de historia social

¿Qué entendemos por historia social? En 1941, el historiador francés Lucien Febvre señalaba:

No hay historia económica y social. Hay historia sin más, en su unidad. La historia es por definición absolutamente social. En mi opinión, la historia es el estudio científicamente elaborado de las diversas actividades y de las diversas creaciones de los hombres de otros tiempos, captadas en su fecha, en el marco de sociedades extremadamente variadas [...] (Febvre, 1970).

En síntesis, para los fundadores de la escuela de los *Annales*, el eje de la preocupación de los historiadores, el objetivo de la historia, estaba dado por el hombre y sus actividades creadoras. Sin embargo, como aclaran Cardoso y Pérez Brignoli, es preciso evitar las confusiones de vocabulario (Cardoso y Pérez Brignoli, 1984). El término *hombre* no significaba *personaje*, en el sentido que lo empleaban los historiadores del siglo XIX, que consideraban a la historia como el resultado de las acciones de individuos destacados en el campo de la guerra y la política. El término hombre incluía un sentido colectivo. En esta dirección, el mismo Lucien Febvre agregaba: “[...] el objeto de nuestros estudios no es un fragmento de lo real, uno de los aspectos aislados de la actividad humana, sino el hombre mismo, considerado en el seno de los grupos de que es miembro”.

En otras palabras, la historia social, en sus orígenes, intentaba ser no una especialización (como la historia económica, la historia política o la historia demográfica), sino una historia global de la “sociedad en movimiento”.

En rigor, también existe una concepción de la historia social como una especialidad, junto con la historia económica, la demográfica, la política, etc. Su objeto está delimitado al estudio de los grandes conjuntos: los grupos, las clases sociales, los sectores socioprofesionales. Como lo expresaba Albert Soboul: “La historia social quiere ser también una disciplina particular dentro del conjunto de las ciencias históricas. En este sentido más preciso, aparece vinculada al estudio de la sociedad y de los grupos que la constituyen [...]”. Sin embargo, desde la visión de los fundadores de *Annales*, la historia social debía constituirse en una *síntesis* de los diferentes aspectos de la vida de la sociedad. Para ello, para cumplir con esta vocación de síntesis, se consideraba necesario además recurrir a la colaboración de las distintas ciencias sociales, fundamentalmente de la geografía, de la sociología y de la economía.

¿Cuáles son los requisitos metodológicos necesarios para poder alcanzar esta “vocación de síntesis”? ¿Cómo encarar una historia que debe integrar los resultados obtenidos por la historia demográfica, la historia económica, la historia política, la historia de las ideas? Según George Duby (1977), la historia social debe construir un camino de convergencia entre una historia de la civilización material y una historia de las mentalidades colectivas. Y para alcanzar este objetivo fija tres principios metodológicos. En primer lugar, como ya analizamos, destaca que “el hombre en sociedad constituye el objeto final de la investigación histórica”. La necesidad del análisis es lo que lleva, en la totalidad del conjunto, a disociar diferentes *niveles* de análisis, a disociar los factores económicos de los políticos o de los mentales: “Su vocación propia es la síntesis. Le toca recoger los resultados de investigaciones llevadas a cabo simultáneamente en todos esos dominios, y reunirlos en la unidad de una visión global”.

El segundo principio que plantea Duby es “ocuparse de descubrir, en el seno de una globalidad, las articulaciones verdaderas”. Y tratar de descubrir las “articulaciones verdaderas” significa establecer las vinculaciones relevantes, las relaciones significativas entre los diferentes niveles de análisis que hacen comprensible la totalidad de la sociedad. En síntesis, en este principio se plantea la necesidad de establecer los complejos nexos entre lo económico, lo político y lo mental.

El tercer principio se refiere a otro problema de gran complejidad: el tiempo histórico. “La investigación de las articulaciones evidencia, desde un principio, que cada fuerza en acción, aunque dependiente del movimiento de todas las otras, se halla animada sin embargo de un impulso que le es propio, [...] cada una se desarrolla en el interior de una duración relativamente autónoma.” En síntesis, se trata del problema de la duración, de los ritmos diferentes que afectan a cada nivel de la vida social. De este modo, Duby remarca la necesidad de estudiar, dentro de la globalidad, la evolución de los distintos niveles, tanto en sus sincronías como en sus diacronías (Duby, 1977, pp. 250-271).

Los niveles de análisis

Indudablemente, la historia social encuentra en la economía un punto de referencia imprescindible. Como señalan Cardoso y Pérez Brignoli: “Ningún historiador podría negar hoy que la estratificación social, la constitución de los grupos humanos, la estructuración de las relaciones sociales entre grupos e individuos, puedan estudiarse, siquiera comprenderse, sin

tener en cuenta las bases materiales de la producción y distribución del excedente económico”. Resulta indudable que cada sociedad distribuye socialmente su excedente económico según reglas específicas y en esta distribución se fundamentan las jerarquías sociales. Además, en esta distribución se fundamentan las relaciones de fuerza entre los distintos grupos sociales y en ella se encuentran, muchas veces, las motivaciones de los conflictos sociales. También es necesario advertir contra un excesivo “economicismo”: en los comportamientos de los grupos sociales, en sus relaciones de fuerzas, en las bases de sus conflictos se encuentran muchos otros elementos además del interés económico. Es imposible reducir el estudio de las jerarquías sociales a su sola base económica sin tener en cuenta otros elementos como la distribución del poder y la configuración de las mentalidades. No obstante, el estudio del fundamento económico de la sociedad constituye un punto de partida indispensable.

El segundo nivel de análisis se refiere a la misma sociedad. Desde la perspectiva de la historia social, se trata de un nivel particularmente relevante, porque allí se ubican los sujetos del proceso histórico, entendiendo por sujeto a “aquel al que se refieren las acciones”. Desde la Antigüedad se reconoció la diferencia social. Textos tan disímiles como la *Odisea* o el *Antiguo Testamento* se refieren a “ricos” y “pobres”, a “libres” y “esclavos”. Pero solo el racionalismo de los siglos XVIII y XIX comenzó a explicar esta diferenciación en términos de clases sociales. En este sentido, el mismo Karl Marx reconoció su deuda con la obra de historiadores como Guizot.

Desde la perspectiva marxista, las clases sociales se configuran a partir de la propiedad (o no) de los medios de producción. En este sentido, las relaciones sociales (definidas como relaciones de producción) aparecen también vinculadas a un cierto tipo de división del trabajo y a un cierto grado de evolución de las fuerzas productivas. En síntesis, el concepto de clase social se comprende en el contexto de un modo de producción (esclavismo, feudalismo, capitalismo) determinado. Es el modo de producción el que determina la estructura de clases. A partir de allí, la relación se presenta como relación de dependencia: las clases poseedoras son las clases dominantes, y las clases desposeídas, las dominadas. También para el marxismo tiene una importancia fundamental el problema de la conciencia de clase, es decir, la percepción que cada clase tiene de su situación en una estructura social determinada. Puede diferenciarse entre una clase sin conciencia de sus intereses (clase en sí) de una clase con conciencia de ellos (clase para sí) y se considera que una clase plenamente constituida es la que ha alcanzado esta última situación. (Cabe agregar que Marx no escribió ningún texto específico sobre las clases sociales, aunque hay numerosas referencias a lo largo de su obra.)

Resultan indudables los aportes del marxismo para la comprensión de la estructura social. Sin embargo, también es cierto que en el análisis de los procesos históricos concretos (la Revolución Francesa o la Revolución Industrial, por ejemplo) muchas veces los sujetos no corresponden estrictamente a la división de clases. Se trata de sujetos que aún no han constituido una “clase” —se trata de clases en formación— o que amalgaman a diferentes sectores. Muchas veces son sujetos que no es posible definirlos exclusivamente en términos clasistas (el Ejército, la Iglesia). O son sujetos (el “pueblo”) que incluyen a diversas extracciones según el análisis de clase. En síntesis, en el análisis de los sujetos reales toda una serie de grupos o categorías escapa de la clasificación en clases. De allí la preferencia de algunos historiadores de elegir para el análisis de la sociedad conceptos como sectores o grupos sociales, que hacen referencia a la complejidad de la constitución de los sujetos históricos.

Otra manera de enfocar el problema es el análisis en términos de estratificación social. En este sentido, la primera teoría importante fue la de Max Weber quien distinguió en la jerarquización social tres dimensiones analíticas: el poder económico (estratificación en “clases”), el poder político (estratificación en “partidos”) y el honor social (estratificación en “estamentos”) (Weber, 1984, pp. 244-248).

Pero fue fundamentalmente la sociología funcionalista norteamericana la que definió el concepto de estratificación social a partir de la necesidad de la sociedad de una distribución interna de sus actividades y funciones. A diferencia del análisis marxista, el funcionalismo presenta la estratificación social no como un corte tajante del cuerpo social sino como la gradación, dentro de un *continuum*, entre quienes tienen mayor o menor prestigio social, entre quienes tienen mayores o menores ingresos.

Dentro de este nivel, el de la sociedad, también se incluye el estudio de los movimientos sociales, indisoluble, muchas veces, del nivel de la política. Como señalan Cardoso y Pérez Brignoli, nos enfrentamos aquí con una historia de masas: campesinos, esclavos, obreros, bandoleros sociales. Al decir de George Rude, es la multitud la que irrumpe en la historia. Diseñar una clasificación de los movimientos, los conflictos y las luchas sociales no es una tarea simple: su explicación se refiere necesariamente a los distintos tipos de estructura económica y social en los que se desarrollan (movimientos campesinos, preindustriales, industriales, etc.) y con un tipo de mentalidad específica.

De este modo, es válido preguntarse: ¿cuáles son las principales cuestiones a plantear en el estudio de un movimiento social? Rude, en este sentido, proporciona una guía valiosa: se trata, en primer lugar, de ubicar

el estallido de violencia en su momento histórico; de delimitar la composición y la dimensión de la multitud en acción; de establecer los blancos de sus ataques. Esto permitirá establecer la identidad del pueblo llano que participa del curso de la historia. Permitirá responder a la cuestión de *¿quiénes?* Pero, según Rude, esto no es suficiente y es necesario también responder a la pregunta: *¿por qué?* (Rude, 1981, pp. 15-48).

Es necesario establecer, dentro de los diferentes movimientos sociales, los objetivos a corto y a largo plazo, distinguir la línea entre las motivaciones socioeconómicas y las políticas. Y fundamentalmente, es necesario rastrear el conjunto de ideas subyacentes, toda la gama de convicciones y creencias que hay debajo de la acción social o política.

Y esta cuestión nos remite a otro nivel de análisis fundamental para la constitución de la historia social: el de las mentalidades. La introducción del estudio de las mentalidades implicó un doble cambio. Por un lado, las explicaciones basadas exclusivamente en las motivaciones mentales de los “grandes hombres” (sus intereses o sus desintereses, su egoísmo o su altruismo) fueron dejadas de lado a favor de lo colectivo, que en todos sus matices y manifestaciones hicieron su ingreso en el campo de la investigación historiográfica. Por otro lado, dejó de considerarse a la psicología humana como un dato invariable y fue considerada como algo cambiante dentro del contexto histórico-social. Sin embargo, tampoco puede plantearse una vinculación demasiado mecanicista entre las estructuras económico-sociales y las mentalidades. Ellas evolucionan con un ritmo particular, tal vez más lentamente que el de la sociedad global. De allí que Braudel haya podido definir las mentalidades como “cárceles de larga duración”.

¿Cómo abordar un campo tan amplio que incluye desde creencias, actitudes y valores hasta los aspectos más prosaicos de la vida cotidiana? (Le Goff, 1980, pp. 81-97).

Según Robert Mandrou, es posible encarar la cuestión desde una doble perspectiva. En primer lugar, es necesario reconstruir las herramientas mentales propias de los distintos grupos o las distintas clases sociales: hábitos de pensamiento, ideas socialmente transmitidas y admitidas, concepciones del mundo. Estos son, en síntesis, los instrumentos mentales de que disponen los hombres en una época y en una sociedad determinada. Entre estos instrumentos mentales, el problema del lenguaje, con sus mutaciones no constituye una cuestión menor. En segundo lugar, es necesario definir los climas de sensibilidad, las influencias, los contactos, la propagación de ideas y de corrientes de pensamiento.

Es necesario también conocer cómo se forman, se difunden, se transforman y se perpetúan esos instrumentos mentales: en este sentido, la

educación entendida en el sentido más amplio de los intercambios entre los individuos y su grupo, y la información resultan áreas claves para el análisis. A esto se suma la indagación de creencias, mitos y rituales, representaciones colectivas a las que se puede acceder a través de los símbolos y formas de expresión. Dentro del nivel de las mentalidades podrían sumarse muchas otras cuestiones, lo importante es destacar el desplazamiento del centro de interés de los historiadores desde lo individual a lo colectivo.

En resumen, la aspiración a la síntesis entre los distintos niveles de análisis (la economía, la sociedad, la política, las mentalidades), propia de la historia social, sobre todo a partir de 1960, mostró un pronunciado dinamismo y dio resultados de indudable calidad.

Historia social / historia narrativa / “microhistoria”: los cambios en las perspectivas historiográficas

A partir del desarrollo de la historia social, los historiadores consideraron desprestigiada la forma tradicional de relatar la historia según una descripción ordenada cronológicamente de los acontecimientos. Esta actividad fue calificada, despectivamente, por los seguidores de *Annales*, como “*l’histoire événementielle*”. Sin embargo, desde fines de la década de 1970, como señala Lawrence Stone (1986, pp. 95-129), parece registrarse entre algunos historiadores una vuelta a la narrativa. ¿Qué significa narrativa en este nuevo contexto? El término se refiere a la organización del material historiográfico en un relato único y coherente, y con una ordenación que acentúa la descripción antes que el análisis. Se ocupa además de lo particular y específico antes que de lo colectivo y lo estadístico. En síntesis, según Stone, la historia narrativa es un nuevo modo de escritura histórica, pero que afecta y es afectado por el contenido y el método.

¿Cuáles fueron las causas de esta vuelta a la narrativa? Según Stone, concurren varios factores. Un determinismo mecanicista en las explicaciones socioeconómicas había dejado de lado el papel de los hombres –individuos y grupos– en la toma de decisiones. Esto había minimizado el papel de la política –incluidas las acciones militares– dentro de la historia. También el resultado de los métodos cuantitativos fue modesto en relación con las expectativas, sobre todo por la falta de confiabilidad de los datos para determinados períodos históricos. Y estos desencantos llevaron a algunos historiadores a reformular las características de su oficio.

¿Qué características asume entonces esta historia narrativa? En primer lugar, su modo de escritura es el relato. Frente a una historia de “especialis-

tas”, la historia narrativa procura llegar a un público más amplio: intenta que sus hallazgos resulten accesibles a un círculo de lectores, que sin ser expertos en la materia, estén deseosos de conocer estos nuevos e innovadores planteos. En segundo lugar, el interés por las normas de comportamiento, por las emociones, los valores, los estados mentales de los hombres y las mujeres llevaron a que, dentro del análisis historiográfico, la economía y la sociología fueran sustituidas por la antropología.

En efecto, la antropología enseñó a los historiadores cómo un sistema social puede ser iluminado por un registro minucioso y elaborado de un suceso particular, ubicado en la totalidad de su contexto. En este sentido, el modelo arquetípico fue la “descripción densa” efectuada por el antropólogo norteamericano Clifford Geertz (1987, pp. 339-372).

Como señala Stone, es cierto que los historiadores no pueden hacer, como los antropólogos, acto de presencia ante los sucesos que describen, pero también es cierto que, en las fuentes, es posible encontrar un sinnúmero de testimonios que pueden indicarle cómo fue haber estado en el lugar de los hechos.

Y esta tendencia también llevó entonces a la narración de un suceso único, al desarrollo de una historia, la *microhistoria* que se desarrollaba a una escala menor, cronológica y espacial. Los ejemplos son muchos. Entre otros, puede citarse el caso de George Duby, quien tras haber investigado durante muchos años a la sociedad feudal francesa según las pautas de la historia social, escribió un libro, *Le dimanche de Bouvines*, sobre un suceso único, la batalla de Bouvines, y a través de esto buscó esclarecer las características del feudalismo de comienzos del siglo XIII. Es también la línea trabajada por Carlo Ginzburg, quien, en *El queso y los gusanos*, realizó una minuciosa descripción de la visión de la cosmología de un oscuro molinero italiano del siglo XVI para mostrar el impacto de las ideas de la reforma religiosa. Emanuel Le Roy Ladurie, en *Le carnaval de Romans*, narró un único y sangriento episodio ocurrido en un pequeño pueblo del sur de Francia para revelar las tendencias antagónicas que desgarraban a la sociedad. Y los ejemplos podrían multiplicarse.

Sin embargo, Stone señala las diferencias que se establecen entre esta nueva historia y la narrativa tradicional. En primer lugar, esta nueva narrativa se interesa por la vida, las actitudes y los valores de los pobres y anónimos y no tanto por los poderosos y por los “grandes hombres”. En segundo lugar, la descripción que presenta es indisociable del análisis: pretende responder no solo a la pregunta ¿cómo?, sino también al ¿por qué? En tercer lugar, es una historia que se abre a nuevas fuentes, que busca nuevos métodos y formas innovadoras no solo de exposición sino también

de acceso al conocimiento. Y por último, su diferencia fundamental: el relato sobre una persona o sobre un hecho único no indica que el interés esté centrado sobre los mismos, interesan en tanto arrojen una nueva luz sobre las culturas y las sociedades del pasado.

Para Stone, el surgimiento de la historia narrativa implicaba el fin de una era, el de las explicaciones coherentes y globalizadoras de la historia social. Sin embargo, ¿es válido establecer esta oposición entre historia social y microhistoria? Y sobre este interrogante reflexionó Eric J. Hobsbawm en su réplica al trabajo de Stone.

Desde la perspectiva de Hobsbawm no es válida la afirmación de Lawrence Stone acerca de que los historiadores hayan dejado de tener interés en responder a los grandes “¿por qué?”, de que se hayan desentendido de encontrar las explicaciones globales de los procesos históricos (Hobsbawm, 1986). Si bien reconoce que ha ganado terreno —sobre todo en Inglaterra— una historia “neoconservadora”, dedicada a una descripción minuciosa de hechos políticos que niega la existencia de algún significado histórico profundo, más allá de vaivenes accidentales, Hobsbawm considera que esta forma de hacer historia no indica cómo se constituyen las tendencias generales:

Casi para la mayor parte de ellas el acontecimiento, el individuo, hasta la recuperación de cierta atmósfera o de cierta manera de pensar el pasado, no son fines en sí mismos, sino medios para iluminar algún asunto más amplio, lo cual rebasa a la historia particular y a sus personajes.

En pocas palabras, los historiadores que aún creen en la posibilidad de generalizar sobre las sociedades humanas y sus desarrollos, siguen interesados en las grandes preguntas del *por qué*, aunque algunas veces puedan enfocar en interrogantes diferentes a aquellos en los que se concentraron hace veinte o treinta años.

Es cierto que el rechazo a un excesivo y mecanicista determinismo económico llevó a abrirse a nuevas cuestiones, a nuevas áreas del conocimiento, pero la ampliación del campo de la historia no está en conflicto con el esfuerzo de producir una *síntesis*, entendida como una explicación coherente del pasado. La nueva historia de hombres, mentalidades y acontecimientos puede ser vista, por lo tanto, como algo que complementa pero que no suplanta el análisis de los procesos socioeconómicos. En este sentido no hay contradicción entre la obra general realizada por George Duby y su estudio sobre la batalla de Bouvines: ambos trabajos apuntan a la mejor comprensión de la sociedad feudal francesa. Como señala Hobsbawm:

No tiene nada de nuevo elegir ver el mundo a través de un microscopio y no con un telescopio. En la medida en que aceptemos que estamos estudiando el mismo cosmos, la elección entre microcosmos y macrocosmos es asunto de seleccionar la técnica apropiada. Resulta significativo que en la actualidad sean más historiadores los que encuentran útil al microscopio, pero esto no significa necesariamente que rechacen los telescopios porque éstos estén pasados de moda.

En síntesis, la oposición entre historia social y microhistoria no parece ser insuperable.

Referencias bibliográficas

- Cardoso, Ciro F. S. y Héctor Pérez Brignoli (1984), *Los métodos de la historia*, Barcelona, Crítica.
- Duby, George (1977), *Hombres y estructuras de la Edad Media*, Madrid, Siglo XXI editores.
- Febvre, Lucien (1970), *Combates por la historia*, Barcelona, Ariel.
- Geertz, Clifford (1987), *La interpretación de las culturas*, México, Gedisa, “Juego profundo: notas sobre la riña de gallos en Bali”.
- Hobsbawm, Eric J. (1976), *Tendencias actuales de la historia social y demográfica*, México, Secretaría de Educación Pública, colección SepSetentas, “De la historia social a la historia de las sociedades”.
- (1986), “El renacimiento de la historia narrativa: algunos comentarios”, *Historias*, N° 14, México, julio-septiembre.
- Le Goff, Jacques (1980), “Las mentalidades. Una historia ambigua”, en Le Goff, Jacques y Pierre Nora (dir.), *Hacer la historia. Vol. III. Nuevos temas*, Barcelona, Laia, pp. 81-97.
- Rude, George (1981), *Revolución popular y conciencia de clase*, Barcelona, Crítica.
- Stone, Lawrence (1986), *El pasado y el presente*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Weber, Max (1984), *Economía y sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica.

CAPÍTULO I LA SOCIEDAD FEUDAL

1. De la Antigüedad al feudalismo: los tres legados

A partir del siglo IX comenzaba a organizarse en Europa occidental una nueva sociedad, la sociedad feudal, que alcanzó su punto de mayor madurez en el siglo XI. Sus antecedentes fueron remotos y complejos y se enraizaron en distintas tradiciones culturales. Por lo tanto, el problema que vamos a analizar es cómo a partir de una serie de elementos provenientes de la Antigüedad se constituyó esa nueva sociedad.

¿De dónde procedieron esos elementos? Por un lado, del Imperio Romano; por otro, del mundo germánico, y por último, del cristianismo. Sin duda, son legados de distinta naturaleza: tanto el legado romano como el germánico constituían sólidas realidades —estructuras económicas y sociales— además de visiones del mundo; el legado hebreocristiano, en cambio, consistía en una opinión acerca de los problemas de la trascendencia que condicionaba los modos de vida. Este último legado se encarnaba en gentes diversas pertenecientes a los otros legados materiales y culturales, acomodándose a las distintas realidades; sin embargo, su importancia radicó en que pronto se transformó en un importante elemento de fusión.

El legado romano

El legado romano procedía de ese enorme imperio que, a partir del siglo III a.C., se constituyó en torno al mar Mediterráneo con centro en la ciudad de Roma.

Era un ámbito vasto y heterogéneo en el que las tradiciones locales habían quedado sumergidas bajo el peso del orden impuesto por los conquistadores, y cuya unidad estaba dada por un extenso sistema de vías y caminos que unían a distintas ciudades que, en mayor o menor medida,